

22) La necesidad del otro: ¡un don!

La Regla nos enseña a acoger la necesidad del otro como un don.

Hemos visto, por ejemplo, que cuando los hermanos enfermos se hacen demasiado exigentes, si no se dan cuenta de esto, “hay que soportarles con paciencia, porque con ello se consigue un premio mayor” (RB 36,5). “Un premio mayor” significa que se recibe aún más, que con esto se gana. Se debería alegrar uno de esto, dar gracias a Dios.

En el capítulo 53 de la Regla se lee que la acogida de los huéspedes se acompaña con signos festivos: todos se dan prisa en acogerlos, se interrumpe el ayuno, etc. Porque es Cristo el que llega. Por este motivo, en el capítulo 66, se invita al portero del monasterio a responder *Deo gratias* a quien llama a la puerta o al pobre que llama. La acción de gracias, en este caso, precede incluso a la acogida, de tal modo se está seguro que en cada peregrino, en cada pobre, se esconde el Señor Jesús. Después, el portero, “con toda la delicadeza que inspira el temor de Dios (es decir, con la conciencia de que Dios está presente), se da prisa (*festinanter*) en responder (esta es la responsabilidad de la que hablaba a propósito del Samaritano) con ardiente caridad” (66,4). La acogida es una fiesta ardiente de amor, y la razón es siempre y esencialmente la presencia de Cristo, su venida en medio de nosotros.

Veamos entonces que la peor tentación en la acogida y en el cuidado del prójimo es la del lamento, la del vivir esta realidad como un fastidio, como una molestia, por lo tanto, sin acción de gracias. Y esto es para san Benito, ante todo, una falta de fe, de más que una falta de generosidad o de amabilidad. Nos falta la fe en la presencia real de Cristo allí donde el prójimo pide nuestro amor. Así estamos como bloqueados con los aspectos más penosos del servicio, nos lamentamos, tratamos de evitarlo, de huir, de tener algo menos ingrato que hacer, como el sacerdote y el levita de la parábola del buen Samaritano.

Para vivir la caridad, para amar en la acción de gracias, tenemos que pedir la fe, la fe en Jesucristo presente y vivo en medio de nosotros. Cristo se manifiesta siempre, en la fe, a aquellos que aceptan amarlo en la caridad hacia el prójimo que necesita nuestro amor.

Cuando Cristo y san Benito nos piden ser el prójimo de nuestros hermanos y, sobre todo, de aquellos que sufren, es al amor a lo que nos invitan, y a un amor que, en la fe, sabe que es más grande que el sufrimiento.

San Benito nos ofrece una bella síntesis de la exigencia y de la naturaleza encarnada del amor al prójimo en una frase del capítulo 72 sobre el buen celo de los monjes: “Sopórtense con suma paciencia sus debilidades tanto físicas como morales” (v. 5). Y nos pide practicarlo “*ferventissimo amore* – con la más ardiente caridad”, como todas las indicaciones de este capítulo 72 (v. 3).

Que esta petición de soportarnos el uno al otro con paciencia en todas nuestras enfermedades refleja, en el espíritu de san Benito, la parábola del buen Samaritano, se intuye quizá del final de este capítulo, allí donde parece hacerse eco de la pregunta planteada a Jesús por el doctor de la Ley: “Maestro, ¿qué debo hacer para heredar la vida” (Lc 10,25). San Benito escribe: “Nada absolutamente

antepondrán a Cristo; ¡y que él nos lleve a todos juntos a la vida eterna!” (RB 72,11-12). San Benito, como Jesús, responde que a la vida eterna, más que ganarla con nuestros méritos, somos conducidos por Cristo, con la condición de poner su amor en la relación con los demás.

“Sopórtense con suma paciencia sus debilidades tanto físicas como morales”. “Soportar” traduce aquí el verbo latino *tolerare*. Es un verbo que significa llevar, soportar, sufrir. En el uso actual, cuando se habla de soportar o tolerar, se dice con una idea, con una connotación de indiferencia. Soportar, tolerar lo que nos fastidia del otro significa hacer como si nada, tomar distancia psicológica, no tenerle en cuenta demasiado. Mientras para Benito “soportar” significa cargar sobre uno mismo de verdad, implicarse en el sufrimiento del otro. Es una compasión real, un “sufrir con” real. Esto aparece también expresado en la invitación de san Benito a la paciencia: “*patientissime tolerant* – sopórtense con suma paciencia”.

Así, el amor, en cuanto compasión paciente, no carece de sufrimiento. Pero, en cuanto amor, es siempre más grande que el sufrimiento. Él aparece antes y tendrá la última palabra. El sufrimiento sin amor es la muerte del alma, la condenación. El sufrimiento sin amor es absurdo. Es el punto culminante de la gran tentación y de la prueba interior del Cura de pueblo de Bernanos: la de un sufrimiento sin amor que, al final, ya no se percibe a sí mismo:

“Me esfuerzo en evocar angustias parecidas a la mía. Pero no acierto a sentir ninguna compasión por esos desconocidos. Mi soledad es perfecta y yo la odio. ¡No siento piedad por mí mismo!

¡Si dejase de amar!

[...] ¡Cuánto daría por poder sufrir! El propio dolor me abandona. Hasta el más habitual, el más humilde, el de mi estómago. Me siento horriblemente bien.

No tengo miedo de la muerte, me es tan indiferente como la vida, aunque eso no pueda expresarse.

Me parece haber hecho al revés todo el camino recorrido desde que Dios me sacó de la nada. Al principio no fui más que esa chispa, esa mota rojiza del polvo de la divina caridad. Ahora, he vuelto a ser lo mismo en la Noche insondable. Pero la mota de polvo no es ya rojiza, no brilla, sino que va a extinguirse” (Georges Bernanos, *Diario de un cura rural*, Ediciones Encuentro, Madrid, 1998, pp. 106-107).

Esta separación del sufrimiento y del amor, es el pecado en el que se encerraba el corazón de la condesa de esta misma novela, y que envenenaba todas sus relaciones. Ella se había refugiado en el sufrimiento, el de la muerte de su hijo a una tierna edad. A veces es por esta razón por la que, en algunas relaciones, se hace uno insensible al sufrimiento ahogando el amor. Se necesita odiar a la persona amada que nos hace sufrir para no sufrir ya más.

Jesús no ha alejado el sufrimiento de sí mismo, porque no quería, no podía separarse del amor. Ha sufrido hasta el final porque ha amado hasta el final. Por esto, cada sufrimiento vivido en Cristo se convierte en pascual: un paso a través del cual el dolor pasa a la alegría de su victoria. Cada sufrimiento, en Cristo, puede convertirse en dolores de parto.